

Cuadernos del Rebalaje

Nº 62 | Abril - junio de 2024 | DL: MA 702-2016 | Edita ABJ

La Armada en las crónicas de la conquista de Málaga

Francisco Bueno García

Prólogo
Luisa Balbín

Obra artística
Francisco Peinado

Cuadernos del Rebalaje ®

DL : MA 702-2016 | ISSN (ed. impresa): 2530-6286 / (ed. digital): 2174-9868

Publicación monográfica sin ánimo de lucro, de periodicidad trimestral.
Editada desde 2010 por la asociación cultural **Amigos de la Barca de Jábega**.

Dirección

M^o Luisa Balbín Luque

Consejo de redacción

M^o Luisa Balbín Luque
Juan A. Camiñas Hernández
Mariano Díaz Guzmán
Juan A. Gimbel Espejo
Eloísa Navas Martín
Pablo Portillo Stempel

Asesoría fotográfica

Mercedes Jiménez Bolívar

Diseño y maquetación

Estefanía González Hijano

Cuadernos del Rebalaje se difunde preferentemente en formato electrónico por Internet. Tiene como objetivo divulgar conocimientos relacionados con el mar Mediterráneo y su vinculación con la costa malagueña y andaluza, sus gentes, embarcaciones, tradiciones y costumbres desde el punto de vista antropológico, histórico, geográfico, científico-técnico, artístico o de creación literaria.

La revista no comparte necesariamente las opiniones expuestas en los trabajos publicados. Los autores de estos y de las imágenes originales se reservan los derechos protegidos por la ley, autorizándose su uso y difusión siempre que se cite procedencia y autoría.

Se imprime en ARS Impresores, Málaga.

Más información, acceso libre a todos los números y normas de estilo de publicación en
<https://www.amigosjabega.org/cuadernos-del-rebalaje/>

✉ cuadernosdelrebalaje@gmail.com

Amigos de la Barca de Jábega está inscrita en el Reg. de Asociaciones de Andalucía con el n^o 9210 de la Sección 1.

(Resolución de 29/07/2010) y en el Reg. Municipal de Málaga de Asociaciones y Entidades con el n^o 2372. (Resolución de 27/09/2010). Domicilio social en el IES "El Palo". Camino Viejo de Vélez, s/n^o. 29018 - MÁLAGA.

Presidente de Honor: Fernando Dols García

Presidente: Juan Antonio Camiñas Hernández

Vicepresidenta: M^o Luisa Balbín Luque

Secretario: Mercedes Jiménez Bolívar

Tesorero: Mariano Díaz Guzmán

Vocales: Antonio Aguilar Madueño, Juan Antonio Gimbel Espejo, Mercedes Jiménez Bolívar, Eloísa Navas Martín y Pablo Portillo Stempel

✉ abjcontacto@gmail.com

La Armada en las crónicas de la conquista de Málaga



Portada: *Ballena blanca*. 2014. Óleo sobre tabla. 66 x 92 cm.

Francisco Bueno García

Prólogo: Luisa Balbín

Obra artística: Francisco Peinado



Cuadernos del Rebalaje nº 62



Niña sentada con abeja. 2008. Óleo sobre lienzo. 147 x 115 cm.



Mar marea alta. 2012. Óleo sobre tabla. 60 x 73 cm.

Sumario

- Prólogo
- Introducción
- La incipiente Armada
- La galera
- Volvamos a los cercados
- Hacia Málaga
- La artillería embarcada en la conquista de Málaga
- El cerco de Málaga

Prólogo

Luisa Balbín

Málaga, perteneciente al reino de Granada hasta la división en provincias de España en 1833, fue una pieza fundamental en la estrategia de los Reyes Católicos para acabar con el poder islámico en la península. Este texto se propone explorar y comparar estas tres crónicas, cada una con su propia voz y perspectiva, para ofrecer una visión multifacética de uno de los episodios más decisivos de la Reconquista: la toma de Málaga.

Francisco Bueno, entrelaza en tono distendido las narrativas de Palencia, Bernáldez y Pulgar, nos hace apreciar la riqueza y la diversidad de las interpretaciones históricas, comprendiendo mejor cómo se construyen las memorias colectivas y cómo los eventos del pasado continúan influyendo en el presente. Estas crónicas no sólo son relatos del pasado, sino también reflejos de las aspiraciones, temores y valores de una sociedad en transformación. A través de sus páginas, nos acercamos no sólo a los hechos históricos, sino también a la esencia humana que los vivió y los relató, con un énfasis particular en la importancia estratégica y simbólica de la armada castellana en la culminación de la Reconquista.

El oficio de cronista como funcionario real, que no historiador, apareció a principios del siglo xv; el primer nombramiento oficial del que hay constancia documental es el de Juan de Mena (1456-1464), cuya principal obra historiográfica es *Laberinto de Fortuna*, donde exalta el papel providencial de su rey Juan II de Castilla. El cargo de cronista oficial se politiza con la finalidad de controlar la escritura histórica,

aparece como un intento de autorizar solamente la versión emanada desde las instancias del poder y las crónicas se transforman en piezas de carácter literario comprometidas con una causa. Así las de la época isabelina describen los hechos desde una óptica siempre favorable a la reina católica, que no dudará en despedir al cronista, como en el caso de Palencia, cuando se apartó de su misión dejando entrever su misoginia.

Alonso de Palencia, erudito y secretario de Enrique IV, destaca por su mirada crítica y detallada sobre los acontecimientos de su tiempo. Su obra *Décadas* es un testimonio meticuloso que refleja su profundo conocimiento de los entresijos de la corte y la administración real. En relación con la toma de Málaga, Palencia documenta no sólo las maniobras terrestres, sino también el papel determinante de la armada castellana, que bloqueó los suministros y debilitó la resistencia de la ciudad. Su estilo, caracterizado por la precisión y la claridad, convierte su crónica en una fuente indispensable para comprender la complejidad de las operaciones militares y navales de la época.

Andrés Bernáldez, conocido como el “Cura de los Palacios”, nos presenta una perspectiva diferente en su obra *Memorias del reinado de los Reyes Católicos*. Desde su posición clerical, Bernáldez aporta una visión más cercana a la vida cotidiana y a los efectos directos de los grandes eventos sobre la población común. En su relato enfatiza el sufrimiento de la población y la determinación de los Reyes Católicos para culminar la Reconquista. Describe con detalle



La panadería. 2006. Óleo sobre lienzo. 100 x 100 cm.

cómo la armada castellana, bajo el mando de experimentados almirantes, jugó un papel vital en cortar las rutas de escape y en la entrega final de la ciudad. Su narrativa está impregnada de una profunda religiosidad.

Fernando del Pulgar, cronista oficial de los Reyes Católicos, ofrece en sus *Crónicas de los Reyes Católicos* una versión oficial y autorizada de los eventos. Su proximidad al poder le permitió acceder a información privilegiada y su obra refleja tanto la majestuosidad como la propaganda de la corte. Pulgar describe con orgullo la organización y efectividad de la armada castellana, resaltando las innovaciones tecnológicas y tácticas que aseguraron la victoria. Su narrativa es un ejemplo clásico de la historiografía oficial que busca consolidar el poder y legitimar el régimen reinante. Pulgar se esfuerza por glorificar los logros de Isabel y Fernando, enfatizando la justicia de sus acciones y la inevitabilidad de su éxito. Su estilo elegante

y su capacidad para capturar la esencia de los personajes y los acontecimientos le otorgan un valor literario y documental considerable.

Las crónicas de Alonso de Palencia, Andrés Bernaldez y Fernando del Pulgar ofrecen una ventana inigualable al complejo y turbulento periodo de la Reconquista, este Cuaderno se detiene en lo específico de la toma de Málaga y el papel crucial de la incipiente armada castellana. Narraciones donde se entrelazan los hilos de la política, la guerra y la estrategia marítima, tejiendo una rica tapicería que nos permite vislumbrar los eventos que marcaron el fin de la dominación musulmana en la península y la consolidación del poder de los Reyes Católicos.

Encontraremos además una sucinta descripción de los tipos de naves que se usaron, tema ampliamente desarrollado en el número 36 de *Cuadernos del Rebalaje: Galeras, galeotes y gente de mar*.

Introducción

Es un honor para mí aportar un pequeño testimonio *marinero* en una revista del prestigio de *Cuadernos del Rebalaje*. Y lo hago encantado porque, aunque mis conocimientos sobre asuntos del mar son manifiestamente mejorables, desde hace años manejo los tres grandes testimonios literarios de la conquista de Málaga, que son los cronistas Hernando del Pulgar, Andrés Bernáldez y Alonso de Palencia. Los tres, contemporáneos de los acontecimientos, mencionan una y otra vez la aportación de la Armada en este hecho de armas, y en esos testimonios me baso para ofrecer este artículo. Pero antes de comenzar, dos ruegos. Uno, que me ha sido imprescindible enmarcar la lucha en el mar con el resto de las acciones por tierra; y dos, mostrar mi agradecimiento a mi amigo Jorge Rey Salgado, doctor en Geología Marina, que me ha facilitado bibliografía, contactos y fotos que acompañan el texto.

Vayamos al tema.

6 La conquista de Málaga por los Reyes Católicos era un paso urgente e imprescindible para la definitiva expulsión de los musulmanes del Reino de Granada y la consolidación de la España unida que soñaban los monarcas. Y si nos preguntamos por qué, la respuesta nos la da el limpio mar que la baña.

A Málaga la llamaban entonces *la puerta y la boca* del Reino de Granada. Por aquí les llegaban toda clase de mantenimientos, alimentos, soldados y armas para su defensa y ataque. El peligro para los proyectos de conquista de Fernando e Isabel estaba precisamente en nuestra ciudad, porque, además, y cito al cronista: *los frecuentes avisos que iban llegando de la numerosa armada reunida aquellos días por el Turco, traían desasosegados a nuestros celosísimos reyes.* (1) Eso implicaba que, al enemigo peninsular podía sumarse el Gran Turco, que en 1453 había conquistado nada menos que Constantinopla, y ahora extendía sus tentáculos por el Mediterráneo con la pretensión de dominarlo de parte a parte. El gran peligro les venía por el mar y urgía taponar esa brecha para preservar los intereses de nuestra civilización.

El rey Fernando, prudente e intrépido al mismo tiempo, consultó con sus nobles, valoraron la situación y la afrontaron con rapidez y determinación. Él y la Reina estaban en Córdoba, lugar ideal para solicitar la presencia de los nobles de Andalucía, cada uno con los hombres de guerra que pudiera conseguir. El momento era idóneo. Dentro de Granada se estaba dando una lucha a muerte por el reinado entre Boabdil y su tío el Zagal. Fernando e Isabel alentaban estas peleas, conscientes de que un reino dividido estaba anunciando su destrucción.

Era la primavera, época ideal para iniciar campañas, así que manos a la obra. Los reyes tenían claro algo que les aseguró el alcaide del Puerto de Santa María Diego de Valera, su principal asesor en temas de mar, en el sentido de que, *tomándose Málaga, el Reyno de Granada es vuestro.* Así pues, el objetivo de esta campaña sería nada menos que Málaga.

El sábado, siete días del mes de abril de años del nacimiento de Nuestro Redentor de mill e cuatrocientos e ochenta y siete años partió el rey de Córdoba para facer servicio de Dios en guerra a los moros. (2)

Su ejército era muy numeroso. A la llamada del rey habían acudido los nobles de Andalucía con sus huestes, y también otro gran contingente de gallegos, castellanos y aragoneses. Luego, bajo el mando de la nobleza que los convocaba, había soldados de a pie, de a caballo, además de un sinfín de arrieros, carpinteros, herreros y demás oficios tan necesarios en las guerras de entonces. Punto y aparte era la artillería, compuesta por piezas grandes como las bombardas, que lanzaban enormes bolas capaces de traspasar los más sólidos muros. Luego las piezas más pequeñas, como falconetes, ribadoquines, bombardetas, cerbatanas, etc.

Todo este enorme ejército salió de Córdoba en dirección a La Rambla donde hicieron noche. Desde allí continuaron hasta el río Yeguas y luego hasta Antequera, donde quedó la artillería. Continuaron hasta Archidona, y allí celebraron la Semana Santa. Desde Archidona encararon las montañas, que atravesaron por

Alfarnate, y luego comenzaron a bajar por Mondrón y Periana, cerca de su objetivo, que era Vélez-Málaga, en palabras del cronista, *ciudad rica, de notables defensas, que la tenían los moros por igual en muchas cosas a la ilustre ciudad de Málaga, y muy por superior en cuanto a seguridad.* (3)

La incipiente Armada

Naturalmente, en una campaña en que se pretendía conquistar una ciudad costera, era imprescindible una flota de barcos de guerra que ayudara a resolver los problemas inherentes al objetivo propuesto.

Desde hacía algún tiempo, los reyes valoraban la necesidad de disponer de una flota que les otorgara la superioridad marítima en el Mediterráneo central y occidental. Inicialmente pusieron en marcha un mecanismo que estaba basado en la iniciativa privada, porque si su ejército *de tierra* era el de los nobles, a nobles propietarios de buques recurrieron para la lucha en el mar.

Según Ladero Quesada, (4) esta idea inicial parte de la propuesta que en 1484 les hizo Diego Valera. La sugerencia, aceptada por el monarca,

fue diseñando sobre el papel lo que andando el tiempo sería la Armada Real. Estaría compuesta por dos carracas o navíos de carga, dos naos, dos balleneras o bajeles antiguos, seis carabelas latinas y cuatro galeotas. Además, insisto en que sobre el papel, se fueron asignando tripulantes, señalando el salario de cada uno según su rango, los alimentos a los que tendrían derecho, así como la dirección y organización de la flota. Por tanto, con las ideas claras, ahora se trataba de hacerlas realidad.

Siguiendo los consejos de este personaje, poco a poco la flota fue tomando cierta entidad. Contaba como Capitán General con Don Álvaro de Mendoza conde de Castro, y con bastantes naves de Guipúzcoa y Vizcaya que vinieron a unirse a las ya alistadas catalanas o aragonesas.

Fue en la conquista de Málaga donde la Armada tomó más entidad en cuanto a organización y efectivos. Los reyes abordaron seriamente el problema, reorganizando y ampliando la Armada Real, poniéndola bajo el mando del catalán Don Galcerán de Requesens, conde de Palamós y de Trevento. Eran conscientes de que antes de la conquista de Málaga había muchas cosas por hacer. Para sus proyectos de conquista, era esencial una Marina que les otorgara el control del Estrecho y del mar de Alborán.



El pescador en la montaña. 1993. Óleo sobre tabla. 100 x 200 cm.

Con la mente puesta en la empresa mala-gueña, en el año 1486, los monarcas ordenaron a sus capitanes Bernal, Mena y Arriarán que alistarán una serie de galeras y carabelas a fin de que patrullaran el Estrecho y las costas africanas. Los objetivos nos los describe Pulgar diciendo que, *no pasasen de allende homes ni caballos ni armas ni mantenimiento a estas partes del Reino de Granada*, y, además, *que ficiessen guerra a todos los puertos de mar que estaban por los moros. E algunas veces descendieron en tierra en los puertos, e playas de África, e tomaron captivos e robaron e quemaron alcarrias e lugares que fallaron cerca, e hicieron tanta guerra que fue forzado a las gentes que moraban en aquellas partes cercanas al mar, dexar sus moradas e meterse más adentro a vivir*. Fueron campañas de defensa y hostigamiento al par, que estaban preparando un objetivo de más calado, que era la conquista de Málaga.

Pero hemos dejado a los reyes con su ejército muy cerca ya de la preciosa ciudad de Vélez-Málaga. Eran alrededor de *doce mil caballos ligeros y cincuenta mil infantes, sin contar la mucha gente ocupada en las guarniciones de las ciudades y villas y castillos conquistados*. (5) Por tanto, un ejército enorme, capaz de atemorizar a los musulmanes de Vélez, a pesar de que no contaban con la artillería que quedó en Antequera y que los veleños no imaginaban pudiera ser trasladada hasta su ciudad dada la fragosidad del terreno.

Fernando, en vista de esa dificultad, había mirado hacia el mar, que si por esa vía llegaba a los moros ayuda y avituallamiento, bien podía recibir ambas cosas también él por el mar. Cito al cronista: *También había dispuesto cuidadosamente que junto a las costas de Vélez Málaga descargasen abundantes vituallas muchas embarcaciones de diversas clases*. (6) Fue un primer servicio de intendencia, lo que no era poco habida cuenta de la enorme dificultad que suponía traer por tierra todo lo necesario para abastecer un ejército tan numeroso.

La visión estratégica de Fernando desde el punto de vista naval no se quedó ahí, sino que ordenó también que ocupara las costas cercanas a Vélez-Málaga la embrionaria flota castellana. Copio nuevamente al cronista: *Llegaron asimesmo por la mar Don Juan Conde*

de Trevento con cuatro galeras armadas, e Martín Díaz de Mena, e Arriarán, e Antonio Bernal, capitanes, con las naos e carabelas de la flota del Rey e de la Reina que tenían en cargo. (7)

Los reyes se ocuparon de engrosar la flota con embarcaciones de distinta procedencia. Desde Flandes vinieron dos naos al mando de un caballero de apellido Ladrón de Guevara. Llegaron cargadas con bombardas, *con tiros de pólvora e los aparejos que eran necesarios*.

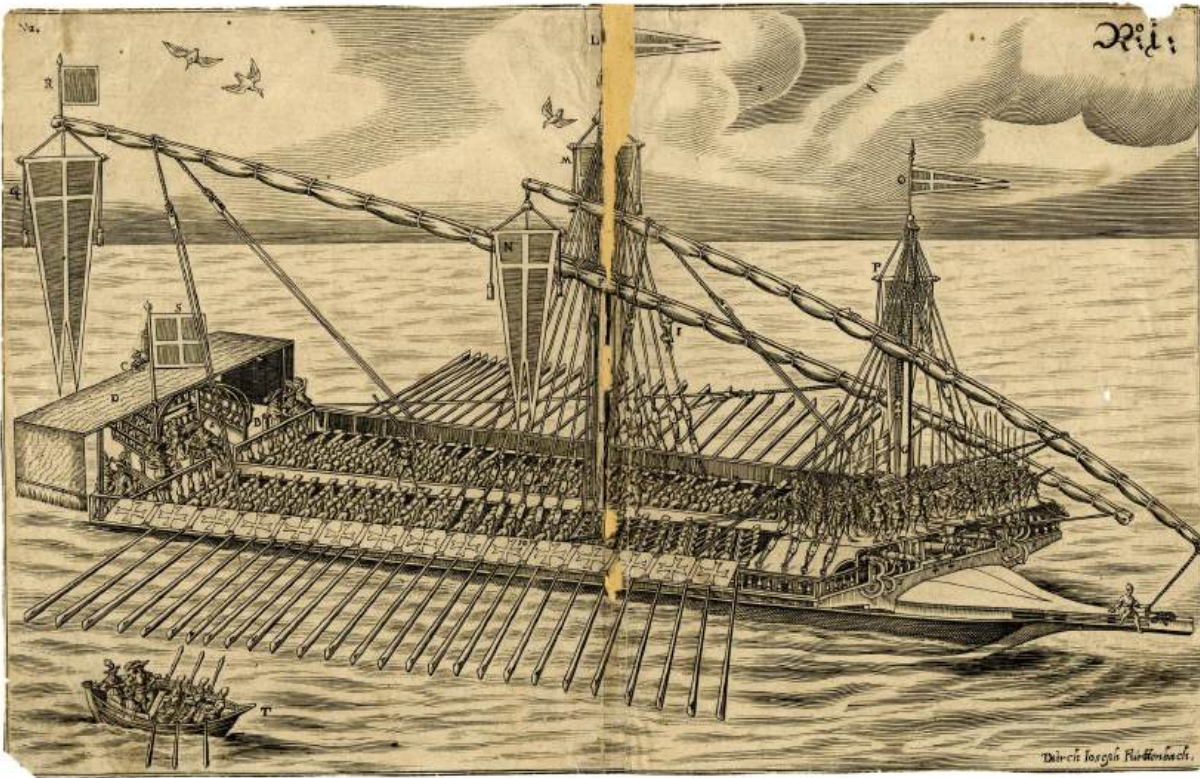
Podemos comprobar, por tanto, que la visión de Fernando era que, si por mar llegaban a sus enemigos toda clase de materiales, hombres y mantenimientos, por mar les daría la respuesta con una armada que cumpliera con los cometidos asignados.

La galera

Permitidme un breve paréntesis para hacer una somera descripción del buque más polivalente de entonces, que era la galera. (8)

Era una embarcación movida a remos, diseñada artesanalmente para el transporte de tropas, la defensa y el ataque, preferentemente en aguas del Mediterráneo.

Su historia es muy antigua, como lo explica el nº 36 de *Cuadernos del Rebalaje*. El mismo Homero nos las describe en su *Ilíada*. También fueron legendarias las galeras romanas. Luego, andando el tiempo, evolucionaron poco a poco según las necesidades del momento. En época bizantina tuvieron una importancia notable, ya que se las dotó de un arma que entonces marcaba la diferencia, el llamado *fuego griego*. Era algo parecido a un rústico lanzallamas, que arrojaba sobre las naves enemigas un fuego que resbalaba sobre el agua, y al hacer impacto en embarcaciones acababa con ellas sin necesidad de abordajes. Con galeras armadas con esta munición, los bizantinos se fueron defendiendo de sus enemigos turcos, e incluso tiempo adelante, en los siglos VIII y IX vemos a un empuje de la armada califal cordobesa con base en Pechina dotada con este entonces terrible armamento, que, evidentemente les otorgaba superioridad en los combates. La composición de este *fuego griego*, y su propiedad de resbalar por el agua sin apagarse hasta impactar contra



Galera Maltesa. Joseph Furtenbach. Licencia CC BY-NC-SA 4.0 vía The British Museum.

las naves enemigas, fue un secreto militar muy bien guardado a fin de que los enemigos no lo alcanzaran a conocer ni usar.

Al pasar el tiempo, las galeras fueron evolucionando hacia buques de altos cascos, algunos de varios pisos de altura para ser dotados, a veces con dos y tres órdenes de remeros. Su cubierta estaba en parte dispuesta para el combate, con los remeros y los cómitres, unas veces escondidos bajo cubierta y otras a cielo abierto día y noche, dependiendo de la misión asignada a la galera en cuestión. (9)

Su principal propulsión eran los remos, también, para ayudarse y cuando el viento era favorable, estaban dotadas de *velas cuadras*, rectangulares o trapezoidales, aunque pasado un tiempo los musulmanes adoptaron las *velas latinas*, triangulares, llamadas *de cuchillo*, más útiles en el Mediterráneo, donde tenían que vérselas con vientos flojos y variables. Solían contar con dos palos, el trinquete o mayor que se arboleaba cercano a la proa, y el maestro o árbol. En cada palo se largaba una vela latina. A la del mayor la llamaban bastarda y a la del trinquete, burda.

A partir del siglo XV se las fue dotando de artillería, que se instaló en proa, quedando el armamento ligero en los costados. A proa estaba el espolón, de unos 6 metros, que solía ser de bronce, y se usaba para embestir las naves enemigas.

Las galeras españolas tuvieron una terminología propia: al casco lo llamaban buco, y solía medir alrededor de 280 metros cuadrados, por tanto, muy poca capacidad, por lo que la galera apenas se usó como buque mercante. El casco estaba compartimentado para distintas funciones: cámara del capitán, pañol para armamento, despensa, cámara para la pólvora, y la cámara o cubierta de boga con bancos para los remeros, cómitres, etc.

Se construyeron de distintos tamaños, clasificadas por el número de bancos que habían de ocupar los remeros y oscilaban entre 25 y 30 bancos, a razón de entre 5 y 7 remeros por banco. Una galera llegó a tener 35 remos, que eran movidos a razón de 6 hombres cada remo, total 210 remeros, más su correspondiente dotación de reservas, más los respectivos cómitres provistos de fusta y látigo para animarlos, es un

decir, a una boga eficiente. Las galeras, menos mal, descansaban en invierno, lo que daba un respiro a los pobres galeotes.

El personal que las ocupaba se dividía en *gentes de cabo*, que eran los marineros, *gente de guerra*, que como su nombre indica eran los soldados, y finalmente *la chusma*, que así llamaban a los desgraciados galeotes. Iban completamente hacinados. Imaginemos una galera movida por 200 galeotes, e igual número más o menos entre *gente de cabo* y *gente de guerra*, a los que hay que añadir los mandos, el *cirujano* y el imprescindible capellán, total alrededor de 450 hombres en un espacio también aproximado de 280 metros cuadrados. E imaginémoslos en el siglo XV sin posibilidad de aseo, y carentes de espacio para moverse en medio de aquel enjambre. Me ahorro calificativos porque basta con imaginar.

Los remeros, los llamados *chusma*, accedían a ese empleo desde diferentes posiciones. Aunque parezca extraño, algunos eran voluntarios, y es que, en determinadas clases sociales, el hambre era tan atroz que se apuntaban a cualquier cosa con tal de conseguir un plato de lentejas. Otros remeros eran esclavos capturados en campañas anteriores, o bien esclavos antiguos que se enrolaban por ser más aceptable que la vida que les daban sus amos. Y por fin, la tercera procedencia, y desde luego la más conocida, era la de los que habían cometido algún delito, y el tribunal sentenciador, en lugar de cortarles un brazo, o el cuello, los enviaban a expiar sus culpas *bogando en las galeras de su majestad*.

Sobre estos últimos tenemos una magistral descripción en el capítulo XXII de la primera parte del Quijote, que os resumo. Resulta que nuestro Ingenioso Hidalgo, en sus correrías por La Mancha, se dio de bruces con una patrulla de alguaciles que llevaban una panda de estos condenados a galeras convenientemente sujetos en pies, manos y cuello por grilletes de hierro a fin de que no escaparan, y los alguaciles pudieran cumplir su misión de entregarlos en la galera indicada. Don Quijote, desfacedor de entuertos, paró en seco la comitiva, interrogó

convenientemente a los prisioneros sobre los delitos cometidos, y decidiendo que no eran merecedores de tamaño castigo, colocó su lanza en ristre y arremetió contra los alguaciles, que, naturalmente, antes de reaccionar, se vieron un tanto perturbados por una acometida que no esperaban. Y ese momento fue aprovechado por los galeotes para liberarse de grilletes y cadenas, para a continuación anular a los alguaciles de la forma que entonces se hacía, que era liquidándolos.

Una vez concluida la fechoría, Don Quijote levantó orgulloso su barbilla, reclamando el reconocimiento a que se había hecho acreedor de parte de los reos, que se concretaba en que debían ir al Toboso para besarle los pies a su amada Dulcinea. Los reos, que no estaban por formalidades y menos de un chiflado, en lugar de cumplir con ese mandato, optaron por molerlo a palos y salir de allí a calzón quitado porque temían a la Santa Hermandad más aún que a las galeras de su majestad.

El relato novelado por Cervantes, que conoció bien el tema, nos muestra un poco la vida de estos galeotes, que como nos podemos imaginar era durísima. Nada más llegar a su destino eran completamente rapados de cabeza y barba a fin de que, caso de escaparse, fueran fácilmente reconocidos por la autoridad competente. Luego sus pies eran amarrados al remo con cadenas de hierro, y así permanecían día y noche hasta que, o bien acababan sus días por alguna enfermedad, o conseguían amotinarse y escapar si es que podían, o morían con los pies engrilletados en alguna batalla de las que entonces se daban frecuentemente.

Como podemos ver, el panorama en una galera no era placentero. Con los marineros en su durísimo trabajo, con los soldados empuñando sus espingardas o en el mejor de los casos sus arcabuces, y con la *chusma* en el último lugar del escalafón, comiendo bazofia, abigarrados y con más miedo que vergüenza, no es de extrañar que el fin de las galeras se dio porque poco a poco, fueron cambiando los tiempos y era imposible conseguir galeotes que las propulsaran.



Dos cocas catalanas en el retablo de Santa Úrsula y las once mil vírgenes. Museo Nacional de Arte de Cataluña (Barcelona). S. XV. Autor: Joan Reixach. Fotografía de Mcapdevila, dominio público, vía Wikimedia Commons.

Naturalmente, independientemente de la importancia que la galera tuvo en la historia de la Armada española y europea, una persona de nuestro siglo seguramente experimenta rechazo al conocer estas condiciones, pero hay que tener en cuenta algo que decía don Julio Caro Baroja, y que cito: *La Historia vieja de temas viejos, exige también tener clara idea de las ideas viejas, por repulsivas que nos parezcan.* (10)

Hasta aquí este brevísimo apunte sobre las galeras. Además de estas naves, en la conquista de Málaga intervinieron otras, como las galeotas, de 15 remos aproximadamente, las fustas, el bergantín de 10 remos por banda, la fragata, etc.



Capullos en la luna. 2009. Óleo sobre lienzo. 116 x 90 cm.

La incipiente Armada

Vélez-Málaga contaba con magníficas defensas, sólidos muros y con soldados dispuestos a pelear hasta la muerte. La naturaleza también contribuía a hacerla inexpugnable. Hacia el sur la defendía el inmenso mar, y por la parte norte, una cadena de montañas la acercaba a Granada, la capital del Reino. En las proximidades, los veleños disponían de castillos intermedios, como *una sierra alta, donde está fundada una villa muy fuerte que se llama Bentomiz*. (11) Por otra parte, eran conscientes de que el ejército, que ya acampaba en las cercanías de Zalía, poco podía hacer contra sus sólidos muros, ya que su armamento era simples lanzas, espadas y rodela, pero carecía de la artillería pesada, imprescindible para derribar sus murallas.

Con una certera visión estratégica, y tras consultar con los nobles, Fernando estableció su real en las laderas más al norte de la ciudad, estimando que por esa parte podrían recibir los sitiados alguna ayuda exterior, imposible de llegarles por mar en vista del cerco que había establecido la flota bajo su mando.

Hecho esto, decidió cercar la ciudad, para enseguida enviar mensajeros conminándoles a la rendición, ante la mirada displicente de sus habitantes, al ser conscientes de que el armamento de que disponía el ejército castellano sería incapaz de traspasar los muros que defendían la ciudad.

Los habitantes de Vélez, al ver todo aquello, debieron sentirse muy mal, aunque en el fondo abrigaran cierta esperanza de recibir ayuda desde Granada. ¿Sería posible? Era, con toda certeza, la única oportunidad de salir bien parados del trance, y con esa esperanza estuvieron algunos días, durante los cuales algo ocurrió en la capital del reino.

En Granada había una lucha a muerte. Boabdil, acompañado por su madre Aixa la Horra, también por bastantes abencerrajes y pueblo llano, residía en el Albaicín. Su tío el Zagal, al que seguían los faquíes y morabitos más fanáticos, estaba asentado en la Alhambra. Y algunos de ellos se acercaron al Zagal recordándole la necesidad de socorrer a los veleños y derrotar a su más odiado enemigo, que era el rey Fernando. Era la única manera de salir del trance con honor y de paso hacerse con el reino que disputaba a su sobrino Boabdil. Los faquíes insistían al Zagal sobre su obligación de hacer la guerra a los cristianos. Era lo que mandaban sus leyes y lo que correspondía a un buen rey musulmán.

Y sí. En pocos días consiguió reunir un buen contingente de hombres tan fanatizados como él, que pronto asomaron por el Boquete de Zafarraya ante la alegría de los veleños y la preocupación del ejército que acababa de llegar, porque de aquellos fanáticos se podía esperar cualquier cosa.

El Zagal, hombre valiente y astuto, ideó una estrategia que vista con ojos de hoy nos puede parecer convencional, pero en la época era una gesta de enorme audacia. Desde Granada había traído consigo a un *tornadizo*, un cristiano que abandonó su religión para pasarse al bando contrario. Lo llamó aparte, le ordenó vestirse nuevamente a la castellana, deslizarse entre el ejército invasor, y entrar en Vélez para convenir con los sitiados la señales, el día y la hora en que los de Vélez por una parte y los del Zagal desde los altos, lanzaran un durísimo ataque combinado que acabara con Fernando y todo su ejército.

¿Y qué ocurrió? Pues que *el tornadizo* inició su camino por aquellos cerros abajo, algún centinela lo descubrió y acabó desvelando el plan, para ser enseguida llevado a presencia de Fernando que, según el cronista, *lo mandó enforcar*; así que lo ahorcaron, para desilusión de los de Vélez, de los del Zagal, y alegría de los castellanos. Pero los peligros no habían concluido porque el granadino no era de los que se echan atrás.

Fernando, mientras tanto, recorría personalmente todos y cada uno de los lugares donde estaban acuartelados sus soldados, cuando recibió de improviso el ataque de los hombres del Zagal y al mismo tiempo, en un movimiento coordinado, el de los sitiados de Vélez. El cronista relata gráficamente la respuesta del soberano con estas palabras: *El Rey, visto que los moros venían haciendo daño en los cristianos, así como se halló, armado solamente de unas corazas e una espada en la mano, sin esperar otra arma ni ayuda de gente, arremetió contra los moros y entró tan de recio en ellos que algunos cristianos que venían huyendo, visto el socorro que el rey por su persona les hacía, tomaron tanto esfuerzo...* (12)

El resultado de esta implicación personal del monarca fue que los moros salieron huyendo, los cristianos se reafirmaron en el asedio con más fuerza que antes, y Fernando hubo de soportar algún severo reproche de sus nobles, asegurándole que *el príncipe que ama a sus gentes, guarda su vida que es la vida de los suyos. Por ende, le suplicaban que en adelante les ayudase con la fuerza de su ánimo gobernando e no con la fuerza de su brazo peleando.*

Tras estos contratiempos, los hombres del Zagal volvieron cabizbajos a Granada porque, además de sentir que Vélez se perdía, estaban seguros, como así fue, que se desvanecía toda esperanza de reinar en Granada.

Los sitiados habían perdido su más grande esperanza, pero confiaban en que las sólidas defensas de su ciudad iban a ser una barrera

infranqueable para un ejército carente de artillería, hasta que...: *pasados cuatro o cinco días vieron asomar la dicha gran artillería, e todos los cerros e puertos hechos caminos e carriles llenos de carretas e bueyes con las grandes lombardas, e con la multitud de tiros de pólvora, e engeños e robadoquines.* La admiración que transmite el cronista es imaginable, especialmente para los que conocemos el terreno, y quiere transmitir a la posteridad su admiración con estas palabras:

E aún quedará la memoria deste ínclito e famoso rey para siempre, por razón de aquellos caminos de tantas sierras e laderas e puertos e peñas e ahocinamientos como hizo llanos a azadón e barra, pala e almadana en toda la tierra que ganó a los moros, que es cosa increíble a quien no ha visto los pasos por do tan grandes lombardas e tan grande artillería pasaba. E asímesmo vieron venir tan gran gente de guarda con la dicha artillería, que fueron muy espantados y desmayados. (13)

Con los moros de Vélez *espantados y desmayados*, Fernando estrechó aún más el cerco, mandó disparar unas cuantas bombardas y los sitiados se vieron perdidos, así que decidieron entregarse al soberano español. Era el 3 de mayo de 1487, día de la Cruz, cuando el rey tomó posesión de la ciudad. Entró en solemne procesión llevando delante su guion, también la Cruz de la Santa Cruzada hasta llegar a la mezquita mayor, la bendijeron para convertirla en iglesia, *e púsole el rey, con muy gran devoción, Santa María de la Encarnación por vocación.* (14)

A continuación, el rey preguntó por las mazmorras, de las que sacó ciento ochenta y ocho cristianos cautivos entre hombres y mujeres. Los vencidos, unos marcharon a África, otros a Granada y otros finalmente decidieron permanecer en Vélez como mudéjares. Los de los pueblos de la Axarquía, en vista de la situación de su ciudad de cabecera, se entregaron al soberano.

Hacia Málaga

El siguiente paso era intentar la entrega de Málaga sin dar lugar a derramamientos de sangre, pero no fue posible, a pesar de varios intentos valiéndose de la vieja amistad entre nobles de uno y otro bando.

La ciudad contaba con gentes de diferentes procedencias y pareceres. Los más irreductibles eran los gomerés, mandados por El Zegrí, un caudillo, que jamás iba a dar su brazo a torcer, y lo dominaba todo desde el castillo de Gibralfaro. Más abajo, en la ciudad y su Alcazaba, predominaba la opinión de los comerciantes que, acaudillados por Alí Dordoux, preferían la vida a cualquier sentimiento que los iba a llevar a la perdición.

Cuando las cartas de Fernando llegaron al castillo de Gibralfaro, El Zegrí, con voz fuera de sí respondió:

- Decid a vuestro rey que me escogieron a mí en esta ciudad por ser el mejor de los moros della, e me entregaron la ciudad e este castillo de Gibralfaro, e le tengo muy bien abastecido, e la ciudad está asímesmo muy bien lastreada de todo lo que es menester, que si yo ficiese lo que me envía a decir e mandar, me tendrían por el más malo e cobarde moro de todos los moros (15)

La decisión estaba tomada. Tanto el rey como los nobles eran conscientes de que la empresa de Málaga los iba a llevar a la más encarnizada pelea de toda la conquista, pero el objetivo estaba marcado y había llegado el momento de lanzarse sin dilaciones ni titubeos. Las grandes piezas de artillería estaban en el cerco de Vélez y era necesario mover todo el ejército hasta su destino.

El cronista menciona el nombre de todos los nobles *que habían acudido con los pendones de las ciudades*, caudillos a su vez de un ejército que *llegaba su número a doce mil caballos ligeros y cincuenta mil infantes, sin contar la mucha gente ocupada en las guarniciones de las ciudades, villas y castillos conquistados.*

Y para dejar bien clara la importancia que Fernando daba al dominio del mar y su eficacia en la conquista, continúa diciendo:

En la costa de Málaga, y para el transporte de provisiones, se apostó una armada de embarcaciones menores, que diariamente iba aumentando con la llegada de carabelas. En el mismo sitio, y al mando del noble catalán Galcerán de Requesens, conde de Trevento, seis galeras estaban prontas a rechazar cualquier intentona de los moros malagueños. Al frente de las naves de espolón venían Martín Díaz de Mena y Garci López Riavano, naturales de Vizcaya y de Guipúzcoa. En cuanto a pericia marítima, era reconocida la superioridad del conde catalán. (16)

Establecido el cerco marítimo en torno a Málaga, nuevamente mira a sus barcos:

El Rey, continuando su conquista, acordó de ir sobre la ciudad de Málaga. E mandó cargar luego por la mar el artillería, e aparejar todos los navíos de la flota, e él con sus batallas por tierra, e los navíos por la mar, partió de la ciudad de Vélez e fue ese día a poner su real a dos leguas de la ciudad de Málaga, ribera de la mar, cerca de un lugar que se llama Bezmiliana. (17)

Ahí tenemos otra de las grandes aportaciones de la marina en la conquista, que fue nada menos que el transporte de la artillería, imprescindible para apoderarse de una ciudad dotada de sólidas murallas.



El prisionero. 2012. Óleo sobre tabla. 100 x 100 cm.



Helicóptero en la ciudad. 2012. Óleo sobre tabla. 100 x 100 cm.

La artillería embarcada en la conquista de Málaga

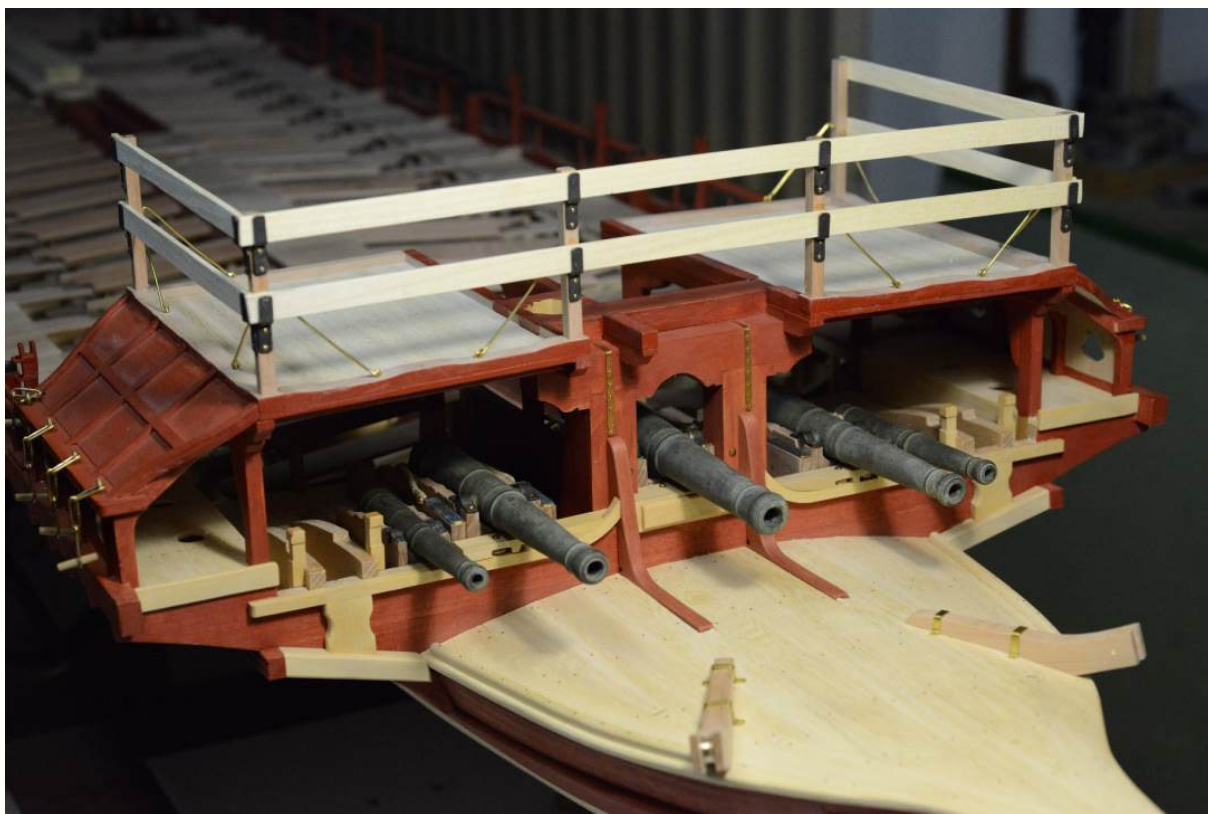
Conozcamos brevemente la más usada en los buques a finales del siglo XIV.

La más mencionada y eficaz era la bombardarda, a la que los cronistas de la época llaman lombarda. Era una rudimentaria y pesadísima pieza de artillería, que sería la precursora del cañón, fabricada con una especie de aros de hierro forjado amarrados con cuerdas. El ánima inicialmente era muy corta y disparaba enormes pelotas de piedra toscamente labradas, aunque andando el tiempo fue evolucionando hasta disparar munición de hierro.

Según González Alcalde, la inventaron los musulmanes, llegando a conocimiento de los

cristianos al ser abandonada por los vencidos en la batalla del Salado en 1340. Naturalmente, fue evolucionando en muchos aspectos y es a partir del siglo XV cuando, a impulso de los Reyes Católicos, se fue sustituyendo el hierro del cañón por el cobre, tomando formas y tamaños diversos según las necesidades y las circunstancias. Se embarcaba en la proa de las galeras y así, era el propio buque el que dirigía los disparos.

Al ser inicialmente muy pesadas, ocurrieron dos cosas. Una, que fue necesario dotarlas de un enorme soporte de madera movable mediante ruedas, la cureña, a fin de que estuviera sujeta al casco del buque, evitando movimientos indeseados por el retroceso. Y dos, que, a la vista de la complicación de embarcar y usar esos armatostes, decidieron ir las modificando hacia piezas más pequeñas y manejables, como el ribadoquín, el falconete, la bombardeta, el pasavolante, la cerbatana, de la que salió el cañón portátil, de más fácil utilización en los barcos. Estos últimos se solían colocar en la borda y se manejaban con mayor facilidad sin perder eficacia.



Artillería embarcada. Maqueta.



Mons Meg, bombardera medieval con un calibre de 510 mm. S. XV. Castillo de Edimburgo, Escocia. Fotografía de Lee Sie. Licencia CC BY-SA 2.0, via Wikimedia Commons.



Falconete. Nao Victoria 500. Sevilla, España. Fotografía de CarlosVdeHabsburgo. Licencia CC BY-SA 4.0, 2.0, via Wikimedia Commons.

El cerco de Málaga

Se estableció el 7 de mayo de 1484. Palencia enumera los maestros, condes, duques y marqueses que vinieron con un total de 12.000 hombres de a caballo y 50.000 infantes, y describe la ciudad que pudieron contemplar, y su mar con palabras que traslado, en lenguaje actual.

La costa de Málaga era la puerta abierta para todos los habitantes del Reino de Granada, a pesar de no ser un puerto tranquilo para sus naves porque, si bien cuenta con fondo suficiente, en épocas de borrascas no ofrece un fondeadero seguro. Sin embargo, la grandeza de la ciudad, la opulencia de sus habitantes, la seguridad que ofrecen sus costas y el considerable tráfico de mercancías, la hacen un magnífico emporio para todas las ciudades que comercian con ella y el principal socorro para los granadinos.

Hasta aquí fondeaban embarcaciones de egipcios, tunecinos, nómadas y hasta árabes de las costas africanas y de otras más alejadas, llevando a los granadinos hombres, caballos y dinero para sus empresas comerciales y guerreras. Particularmente les traían dinero recogido en distintos lugares de África para pagar los soldados y el armamento destinado a su defensa y ataque. A esto había que añadir las considerables rentas que percibía su rey, procedentes de Málaga.

Pulgar, otro de los cronistas, la describe con una lucidez que nos lleva a contemplar la Málaga que se encontraron. Nuevamente la transcribo en castellano actual. (19)

Málaga está situada casi al final del mar de levante, a la entrada del mar de poniente y muy cerca del Estrecho de Gibraltar. Está asentada en un lugar llano al pie de una cuesta grande, rodeada toda ella por un muro, a su vez defendido por muchas torres grandes y cercanas unas de otras. Al final de la ciudad y al inicio de la cuesta, hay un alcázar llamado la Alcazaba, que está cercada por dos muros altos y fuertes, en los que pudimos contar hasta treinta y dos torres gruesas, de mucha altura y extraordinaria fábrica. Desde el alcázar, sale una especie de calle con dos muros que la defienden

y que van subiendo la cuesta arriba hasta llegar a la cumbre, donde hay edificado un castillo al que llaman Gibralfaro, el cual, por estar en lo más alto y tener muchas torres, es una fuerza inexpugnable.

En la parte llana de la ciudad, hay otra fortaleza con seis torres, a la que llaman Castillo de los Genoveses. Y después, están las Atarazanas donde se construyen y reparan los barcos, también defendidas por torres donde bate el mar. Y en una de las puertas de la ciudad que dan al mar, hay una torre ancha que sobresale de la muralla y se adentra en el mar, pero comunicada con ella por un portillo. (El castillo de los Genoveses estaría en lugar próximo a la Calle Molina Lario, y la *torre ancha* sería la llamada Torre Gorda en la misma calle actual, como se describe en el *Cuadernos* nº 54).

Málaga tiene dos grandes arrabales en su parte llana cercados con sólidos muros. Todo esto la conforma como una gran ciudad, habitada desde tiempos antiguos por personas ilustres para gozo y placer de los que vivían en ella. Si el mar y los edificios la hacen bellísima, la hermocean aún más la cantidad de plantas y flores que le dan su perfume en todas las épocas del año.

Pero volvamos a la tarea que tenía delante el ejército. Con esta idea en la cabeza, Fernando ordenó, en primer lugar, establecer un cerco marítimo, fundamental para que no les llegaran desde África los alimentos, soldados y dinero necesarios para su defensa. Y, ¿cómo lo hizo? Nuevamente, pongo en castellano actual las palabras del cronista: La armada del rey cercó completamente Málaga con muchas galeras y naos y carabelas, en las que había mucha gente y muchas armas, de manera que desde el inicio del cerco se combatió la ciudad con muchos disparos de bombardas y otras piezas de menor calibre. Era cosa hermosa ver el real de Málaga por tierra; y por mar una gran flota que siempre estaba en el cerco, y otros muchos navíos que nunca paraban trayendo toda clase alimentos y armas al real castellano.

El cerco por tierra fue estrechísimo, colocándose los cuerpos de ejército de una parte a la otra de Málaga. Especial dificultad encontraron en *un cerro igual de altura de Gibralfaro, e apartado por espacio de dos tiros de ballesta, el*



Asedio de Málaga: Distribución de los campamentos cristianos en el entorno de la ciudad

- | | |
|-----------------------------|-------------------------------|
| 1. Reyes Católicos (Isabel) | 1. Reyes Católicos (Fernando) |
| 2. Fernández de Córdoba | 7. Duque de Benavente |
| 3. Hurtado de Mendoza | 8. Conde de Cifuentes |
| 4. Orden de Santiago | 9. Conde de Feria |
| 5. Orden de Calatrava | 10. Duque de Nájera |
| 6. Orden de Alcántara | 11. Marqués de Cádiz |

21

El primer ataque terrestre de las vanguardias castellanas se inició en la Caleta, ascendiendo la avanzadilla cristiana por las vertientes que median entre los cerros de Gibralfaro y San Cristóbal (hoy paseo de Calvo Sotelo o Camino Nuevo).

Según Guillén de Robles –en *Historia de Málaga y su provincia, 1874*– las tropas del **Marqués de Cádiz** ocuparían la Caleta y la falda oeste del cerro de San Cristóbal, la posición más comprometida dada su proximidad a la fortaleza de Gibralfaro; las grandes bombardas que destruyeron parte de la muralla entre la Torre Blanca y la del Viento estarían emplazadas en las elevaciones que existen entre el castillo y el cerro que hoy se denomina Monte de Sancha. Otras crónicas, por el contrario, sostienen que la batería se encontraba en el cerro de San Cristóbal.

En *Los últimos caminos de la Málaga musulmana*, obra de la que se detrae este gráfico, Carlos Vara y Javier Ramírez, los autores, descartan la ubicación en San Cristóbal ya que, argumentan, los más de 700 metros que separan la cima de este cerro de las murallas de Gibralfaro haría ineficaz el tiro de las piezas artilleras. Estos autores sitúan el emplazamiento de las baterías a unos 300 metros de las murallas en una explanada que se encuentra en la falda este del monte de Gibralfaro, en las coordenadas 36°43'29"N - 4°24'28"W.

El **conde de Cifuentes** y sus hombres se instalaron en la zona del actual Monte Calvario. Las dos divisiones al mando del **conde de Feria** y el **duque de Nájera**, tomaron cuartel en la Huerta del Acíbar (actual barrio de la Victoria); fue allí también donde, en segunda instancia, se instaló el real del **rey Fernando**. El **conde de Benavente** y **Alfonso Fernández de Córdoba** emplazaron sus huestes en el cauce del Guadalmedina.

A la altura del convento de la Trinidad, lugar en que se asentó posteriormente la **reina Isabel**, se ubicó **Don Fabrique de Toledo**. En Zamarrilla acampó **Hurtado de Mendoza**, los **caballeros de las órdenes de Santiago y de Alcántara** se instalaron en lo que después fue convento de Santo Domingo y los **caballeros de Calatrava** en la explanada que se abría desde allí al mar. El puerto estaba bloqueado por la Armada, al mando de **Díaz de Mena**, **Bernal y Arriarán**.

cual tiene difícil subida, lo que comprometía enormemente la entrada del ejército por ese lado. Era el actual Cerro de San Cristóbal.

El Zegrí, que mandaba la guarnición desde Gibralfaro, *cuando vio venir contra la ciudad las batallas de la gente por tierra, e la flota de los navíos por el mar*, ordenó poner soldados de guardia en murallas, torres y puertas, también prender fuego a las casas de los arrabales cercanas a los muros, y finalmente sacar de Gibralfaro un destacamento de soldados para defender el paso del ejército que quería entrar a la ciudad por el *cerro de igual altura de Gibralfaro*, por el Cerro de San Cristóbal.

Y en la vaguada entre Gibralfaro y el otro cerro, se dio seguramente una de las batallas más feroces de toda la conquista, que duró un día entero. Los cristianos enviaron delante un destacamento de gallegos, que se batieron el cobre con escaso éxito porque la fuerza de los moros era tan terrible como su determinación. Tras los gallegos llegaron soldados del comen-

dador mayor de León, luego de Garcilaso de la Vega o Rodrigo de Ulloa, siempre con éxito dispar porque si conseguían avanzar unos metros era para retroceder enseguida.

Los moros, por su parte, *parecían tener más deseo de matar cristianos que de guardar sus vidas... Era tan grande el deseo de venganza que privaba al deseo de codicia, porque ninguno luchaba por cautivar al enemigo, aunque pudiera, porque prefería herir y matar*. Os recuerdo que los soldados de la época no tenían más recompensa material que la rapiña, y si conseguían esclavos los vendían a muy buen precio.

Sobre el desenlace, leamos nuevamente al cronista: *Y porque las cosas, aunque sean difíciles, las hace fáciles la fuerza de voluntad, unos cayendo, otros levantándose, unos por unas partes y otros por otras, tirando y recibiendo tiros y piedras y espingardas y ballestas, subieron el cerro, y los moros que lo guardaban, cansados y heridos muchos de ellos, se fueron retirando en dirección al castillo de Gibralfaro*.



El jardín de Drácula. 2011. Óleo sobre lienzo. 81 x 102 cm.

El cronista refiere el completo cerco por tierra de la ciudad con estas palabras: *E porque andando en torno a la ciudad, desde una parte de la mar hasta la otra había gran espacio de tierra, convino ceñirla por todas las estancias porque estuyese cercada de todas partes.*

Pero en la mente de Fernando estaba la necesidad de cercarla herméticamente también por mar, como continúa refiriendo el cronista: *Otrosí mandó el Rey a Mosén Requesens, Conde de Trevento, e a Martín Ruiz de Mena, e a Arriarán, e a Antonio Bernal, capitanes de la flota que estaba en la mar, que en las noches pusiesen juntas todas las naos e las galeras e las carabelas e todas las otras fustas, por manera que ciñesen la ciudad por la parte que la cerca la mar.* (20)

Finalmente, el 7 de mayo de 1487, el cerco se había completado y tocaba el turno a la artillería. Enseguida, el rey ordenó situar en lugares estratégicos las siete grandes bombardas, que, por cierto, y al igual que las campanas de la época, *las bautizaron*, es un decir, con el nombre de *Las Siete Hermanas Ximonas*. Estos

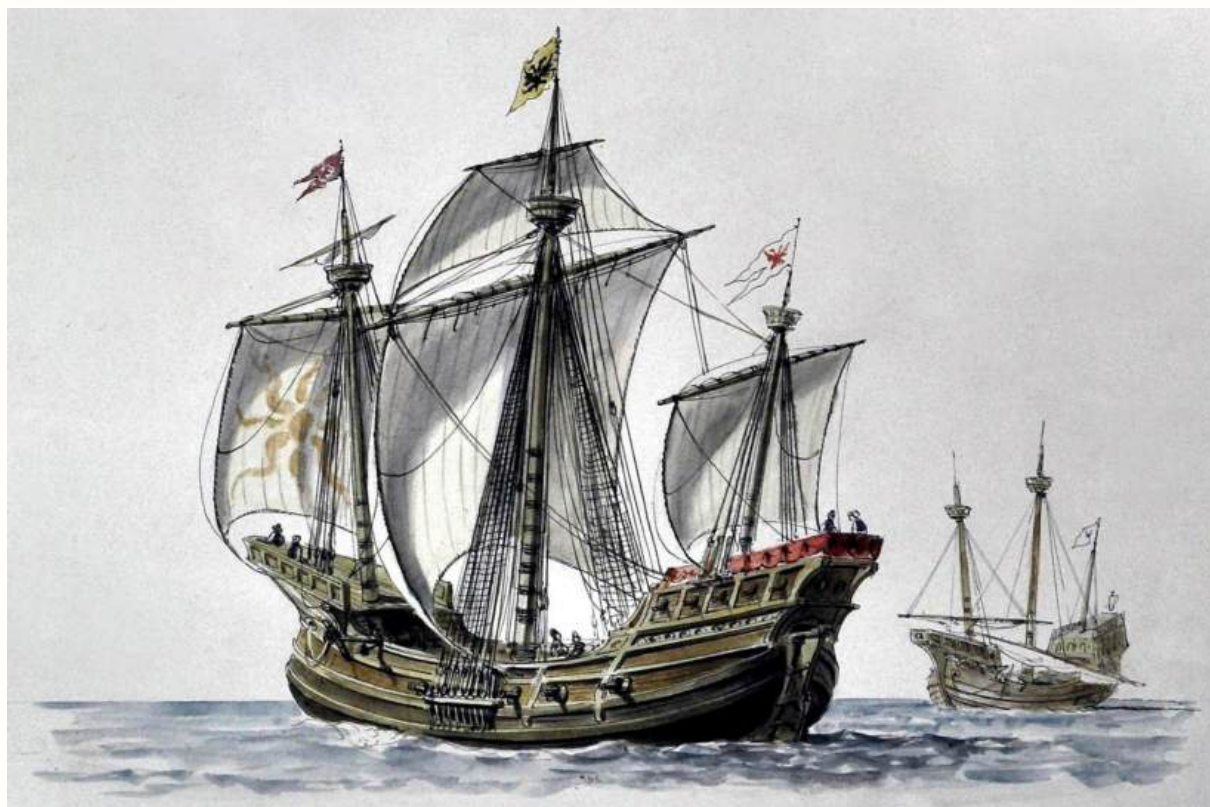
pesadísimos y rudimentarios artefactos eran lo que hoy llamaríamos *armamento de última generación*, imprescindibles para romper las murallas de la ciudad.

A partir de ese día, no paraban los bombardeos de una y otra parte, porque los moros contaban también con artillería, como bombardas y otras piezas menores. Disponían también de buenos artilleros, así como de toda clase de material y de hombres para hacer operativas las piezas a su disposición. Y los hombres de Fernando, mandados por Francisco Ramírez de Madrid, iniciaron un bombardeo selectivo con sus *Siete Hermanas Ximonas*, como gráficamente las llamaban y que debían aterrorizar a los sitiados malagueños. He dicho que se inició un bombardeo selectivo porque los cronistas ponen una y otra vez en la boca de Fernando su deseo de no hacer demasiado daño en una ciudad tan bella.

La lucha por tierra era encarnizada, esta vez en los arrabales, donde los moros tenían sólidos muros, muchas torres de defensa y protegían su



Mineros. 2009. Óleo sobre tabla. 90 x 116 cm.



Nave redonda del siglo XVI. Obra de Rafael Monleón, Museo Naval. Madrid.

ciudad como fieras enjauladas. El Rey ordenó disparar las bombardas contra una de las torres y costó muchísima sangre de una y otra parte conquistarla.

Habían pasado semanas en una pelea encarnizada y los soldados se estaban dando cuenta de que esta no era una guerra cualquiera, sino que se jugaban la vida un día sí y otro también. Además, por aquellos días se desató una enfermedad en el real castellano a la que ellos llamaban *pestilencia*, y que podía llevarse por delante más que la guerra misma. Argumento suficiente para que los soldados iniciaran un conato de rebelión, que se concretó en que algunos se pasaron al enemigo, transmitiéndoles argumentos como que faltaban alimentos en el real castellano, que el Rey escribía continuamente a la Reina que estaba en Córdoba para que se abstuviera de viajar a Málaga, que la ciudad *no tiene puerto e su playa es peligrosa a los navíos en tiempos de tormentas que a las primeras de cambio las fustas de la flota abandonarían el cerco dejándoles la mar libre*, etc., razones con las que insistían al Zegrí en el sentido de que era un disparate entregar la ciudad a los cristianos, que se irían ellos solitos con el rabo entre las piernas.

Y su atrevimiento no quedó en palabras, sino

que *armaron por sí mismos seis alborzas*, barcos militares, *e fornescieronlas de gente e muchos tiros de pólvora*, así que el asunto iba en serio.

Ya conocemos el redaño de Fernando e Isabel, y que no los echaban atrás peligros, y más si eran imaginarios. Nada más llegar a oídos de los soberanos estos rumores, Isabel se puso en camino hacia Málaga, donde llegó unos días después para ser testigo de todo, y asegurando a los escépticos con su presencia que no se movería de nuestra ciudad hasta ver enarboladas sus banderas en lo más alto del castillo de Gibralfaro.

La lucha en las cercanías de Gibralfaro también fue encarnizada y durísima. Los hombres del duque de Cádiz trataron de acercarse a las murallas sin que se hiciera esperar la réplica de la parte contraria porque *salieron hasta dos mil de ellos dando grandes alaridos y tirando tiros de saetas y piedras e espingardas*. La pelea duró cerca de dos horas *hasta que acudieron más soldados que hicieron retraer a los moros*. Hubo muchos muertos y heridos en el ejército cristiano, entre ellos el duque de Cádiz, *que fue herido de una saeta en el brazo*. Por cierto, que, según Palencia (pág. 302), cerca de Gibralfaro estaba el cementerio judío de la ciudad.

La guerra continuaba con una ferocidad tremenda. *Las lombardas y otros tiros de la artillería no cesaban de tirar por todas partes tan continuamente que quedaron sin pólvora*, lo que dio lugar a una nueva intervención de la Armada, porque *el Rey y la Reina enviaron tres galeras, una a la ciudad de Valencia, otra a la ciudad de Barcelona y otra al reino de Sicilia para que trajeran pólvora. También enviaron a rogar al rey de Portugal que les enviase más pólvora, y de todas partes fue traída gran cantidad de pólvora, pero los tiros eran tantos y tan continuos que se gastaba toda la que se traía por la mar.* (21) Este hecho, además de los ya relatados, nos manifiesta lo fundamental que fue para la conquista de Málaga la intervención de la Armada.

Porque, a todo esto, los moros no estaban mano sobre mano: *salían de la ciudad y salían a pelear por tierra, é con sus albatozas con las gentes que guardaban la mar*, por tanto, hacían una especie de guerra de guerrillas marinera con sus albatozas, que eran pequeños buques de guerra armados hasta los dientes. Sin embargo, estas escaramuzas marineras no impedían que *en el real hubiera gran abundancia de mantenimientos, porque todos los días venían navíos de los puertos de la mar que son en el Andalucía cargados de provisiones y otras cosas necesarias.* Pero algunos moros africanos, al conocer el peligro que suponía el cerco de Málaga, *armaron sus fustas para recorrer las aguas cercanas a nuestra ciudad a fin de aprovisionarla, si es que podían.* (22)

Las cosas no se presentaban fáciles para los cristianos. Los sitiados, ni mucho menos estaban por rendirse, y más porque cada poco algunos soldados del rey Fernando se pasaban al bando contrario, avisándoles de las debilidades de los sitiadores, y haciéndoles ver que sus correligionarios africanos tenían ya en el mar navíos armados dispuestos a ayudarles e impedir la llegada por mar de ayudas a los sitiadores. A esto hay que añadir el hecho de que desde tiempo atrás habían llegado a Málaga gran cantidad de criminales, tornadizos, etc., que, naturalmente estaban por pelear hasta la muerte.

Sin embargo, las ayudas llegaron a los cristianos en cantidad y calidad. Cuando se supo en Barcelona, Zaragoza y Valencia que los reyes estaban en la conquista de Málaga, *algunos caballeros e fijosdalgos se dispusieron a venir para*

servir al rey y a la reina con sus armas. Fueron el conde de Concentaina *con una nao armada*, el conde de Almenara *con otra nao armada* y Mosén Miguel de Busquete *con dos galeas armadas*, y el marqués de Denia... Como veis, a los sitiadores no les faltó ayuda externa, especialmente en buques de guerra perfectamente armados.

Con la flota cercando la ciudad por mar, enseguida comenzaron a escasear los alimentos más básicos, que, sin embargo, no faltaron a los terribles gomeres del Zegrí, que bajaban de Gibralfaro para asaltar las casas, requisar los alimentos que encontraban, y si alguien se oponía lo mataban. Estos gomeres no mostraban ningún reparo porque incluso *entraban en las casas de los judíos e robaban los mantenimientos que tenían, e vinieron en tal estado que algunos de los judíos murieron de hambre.* Alimentos, que, por supuesto, no faltaban a los sitiadores porque *todos los días venían por la mar navíos cargados de pan e vino, e de paja e cebada e todas las provisiones que eran menester de los puertos del Andalucía, e del Reino de Valencia e de otras partes.*

La lucha era feroz. Fernando había ordenado hacer, a pico y pala, unas minas subterráneas que le permitieran llegar hasta las murallas para volarlas, pero los sitiados se percataron de la faena y cavaron contraminas, en las que se desarrollaron peleas a cara de perro, con gumías, puñales y hasta puñetazos, en que perdieron la vida muchos hombres de ambos bandos, porque, como dice el cronista, *unos por la mar, e otros por la tierra e otros por debajo de tierra, todos al mismo tiempo atacaron a los cristianos.*

El hambre crecía entre los cercados. Carecían de carne, de legumbres, los que lograban alimentarse lo hacían con coscurros de pan y poco más, situación que alarmaba a los musulmanes de otras partes hasta planear una acción desesperada.

Un fanático, natural de Túnez, pero asentado en Guadix llamado Alguerbí, que se declaraba santo, tuvo la idea de inmolarse por la causa. Se trataba de reunir cuatrocientos tan fanáticos como él, entrar en Málaga como buenamente pudieran, presentarse ante los reyes con algún pretexto y liquidarlos. Pues bien, ya convenientemente fanatizados, hicieron su recorrido desde Guadix hasta Málaga, y apro-

vechando las primeras luces del alba, y por La Caleta, alrededor de doscientos ejecutaron algo parecido al salto de la verja, con la particularidad de que el Alguerbí se colocó ante los soldados con los brazos en cruz, rogando ver a los soberanos porque algo importante quería decirles para conseguir la entrega de la ciudad sin más derramamientos de sangre.

Imagino que a más de uno debió olerle el asunto a cuerno quemado, pero entre la curiosidad que suscitaba el personaje, la posibilidad de que estuviera en lo cierto, y eso de que la ocasión la pintan calva, lo llevaron ante los reyes, con el leve inconveniente de que Fernando, recién comido, se estaba echando su buena siestecita. Lo pasaron a una sala contigua, donde se entretenían jugando a las damas doña Beatriz de Bobadilla marquesa de Moya y don Álvaro de Portugal, hijo del duque de Braganza. El santón, que además de fanático debía estar bastante nervioso, los imaginó el rey y la reina, sacó de la chilaba un puñal y la emprendió con ambos, hiriendo gravemente a don Álvaro. Intentó repetir la faena con doña Beatriz, pero no le dieron tiempo porque los de la guardia lo hicieron pedazos. Como veis, en el sitio de Málaga hubo de todo.

Pero continuemos. Ya sabéis que entre los nobles había sus más y sus menos, con envidias, unas soterradas y otras más descaradas. Y conocéis también que el duque de Cádiz, un puntal en el ejército sitiador, se llevaba peor que mal con el duque de Medina Sidonia, por lo que este último se hizo el remolón quedándose en casa, con el agravante de que Fernando, conocedor de estas rencillas, ni lo llamó siquiera. Pero, claro, como la guerra estaba siendo más dura de lo imaginado, el de Medina Sidonia, *como supo que el Rey e la Reina estaban en el real sobre Málaga, é como aquel sitio se dilatava tantos días, acordó de venir al real con todos los caballeros de su casa. Y el día que entró en el real, llegaron por la mar cien navíos, algunos de armada y otros cargados de provisiones, e traía para les prestar veinte mil doblas de oro por si su real majestad estaba en alguna necesidad.* (23)

Un buen refuerzo, y acorde con la calidad del personaje, que vino muy bien al ejército de Isabel y Fernando, que tenía a estas alturas más de sesenta mil combatientes, desde luego muy

cansados de una guerra tan larga, por lo que reclamaron más soldados y armas a ciudades como Toledo, Segovia, Madrid, Alcaraz, Trujillo, Cáceres y Badajoz.

Las luchas eran feroces y continuas. El comendador mayor de León hizo un gran esfuerzo por conquistar algunas torres de la muralla, pero apenas los cercados se dieron cuenta de la intentona enviaron avalanchas de soldados, que, aunque famélicos, lograron impedir que los cristianos se hicieran con esos puntos tan esenciales para la defensa de la ciudad.

La lucha contra los cristianos iba paralela a la defección de bastantes de los habitantes de Málaga que apreciaban la vida más que cualquier otra cosa. Voy a contar dos hechos que ocurrieron paralelos en el tiempo, uno de murallas afuera y otro de murallas adentro.

El rey y la reina un día, desde su real, pudieron contemplar una batalla naval entre buques de los dos bandos. Unas cuantas naves pequeñas fuertemente armadas que llamaban albatozas, se consiguieron meter entre los navíos cristianos que cercaban la ciudad. Y lucharon con tanta destreza que con su rudimentaria artillería consiguieron echar a pique una nao armada del duque de Medina Sidonia, e incluso lograron que algunas naves de carga que venían con provisiones para los cristianos huyeran para evitar males mayores.

Al mismo tiempo, en la ciudad vivía la gente sencilla, los comerciantes, etc., que fueron reunidos por dos líderes, uno llamado Alí Dordoux y otro Amar Benamar. Su objetivo, que cumplieron, fue subir a Gibralfaro y entrevistarse con El Zegrí, al que dirigieron estas palabras: *Te pedimos por Dios todopoderoso que entregues la ciudad al rey de los cristianos, pues no tenemos otro remedio para guardar la vida sino perder la tierra... Granada perdió su fuerza, no tiene caballeros, no tiene rey, perdió su orgullo...*

Estaban desesperados porque veían su ciudad perdida y querían al menos conservar la vida. Pero el Zegrí, más fanatizado que nunca, prefería luchar y morir defendiendo su ciudad a pesar de que la mayoría de sus gomeres habían muerto o estaban heridos. El cronista afirma que, de los 5.000 defensores de Málaga, 2.000 estaban heridos y 1.000 habían muerto. (24)



Réplica de las carabelas de Colón, Expo de Sevilla, 1992.
Fotografía de Canaan. Licencia CC BY-SA 4.0, vía Wikimedia Commons

La otra alternativa de los malagueños de a pie, apretados por el hambre feroz que padecían, fue comisionar a Alí Dordoux para visitar a los reyes en demanda de perdón con tal de que les respetaran la vida. Fernando, impertérrito, les respondió *que, si al principio entregaran la ciudad como los de Vélez-Málaga, los habrían tratado de igual manera, pero ahora que se veían en las últimas, después de haber resistido tantos días, no estaban en condiciones de pedir absolutamente nada. Venían acuciados por el hambre y no por la buena voluntad y ahora les tocaba entregarse y que los reyes dispusieran de ellos a su voluntad.*

La respuesta de los malagueños tampoco fue templada porque le dijeron que, *si no les aseguraban vidas y haciendas, ellos colgarían de las almenas de la ciudad a quinientos hombres y mujeres cristianos que tenían cautivos.* Naturalmente, Fernando, tampoco se anduvo con chiquitas, asegurándoles *fuesen seguros que, si solo un cristiano cautivo matasen, no quedaría un moro vivo en la ciudad, que todos pasarían por el cuchillo.*

No les quedó más opción que agachar la cabeza y rendirse. El cerco había durado tres meses y once días, y Fernando, consciente de que la conquista del reino no terminaba con

Málaga, y para dar un escarmiento, impuso unas condiciones durísimas que ahora contaré. Una vez conquistada la ciudad, puso en la torre más alta de la Alcazaba el pendón de la cruz, en otro lugar destacado el pendón del apóstol Santiago y el estandarte real con las armas del rey y la reina, para enseguida encomendar la custodia de murallas, puertas y torres a sus nobles.

Su primera decisión fue rescatar los seiscientos cristianos que gemían su cautiverio en las mazmorras de Málaga desde años atrás. Luego ordenó a sus hombres apoderarse de toda la artillería y demás armamento en manos de los moros, para a continuación mandar que todos los habitantes de la ciudad conquistada salieran de sus casas y fueran encerrados *en dos grandes corrales que hay en la Alcazaba debajo de ciertas torres.* El Zegrí y sus gomeres fueron apresados y encadenados, mientras los pocos malagueños que aún quedaban libres lanzaban lamentos lastimeros por calles y plazas con palabras como estas:

-¡Oh Málaga, ciudad nombrada y muy hermosa, cómo te desamparan tus naturales! ¿Tu tierra los pudo criar en la vida y no los pudo cobijar en la muerte? ¿Dónde está la fortaleza de tus castillos? ¿Dónde la hermosura de tus torres?

No pudo la grandeza de tus muros defender a sus moradores porque tienen airado a su Creador. ¿Qué harán tus viejos y tus matronas? ¿Qué harán las doncellas criadas en señorío delicado, cuando se vean en cruda servidumbre? ¿Podrán por ventura los cristianos arrancar los niños de los brazos de sus madres, apartar los hijos de sus padres, los maridos de sus mujeres sin que derramen lágrimas? (25)

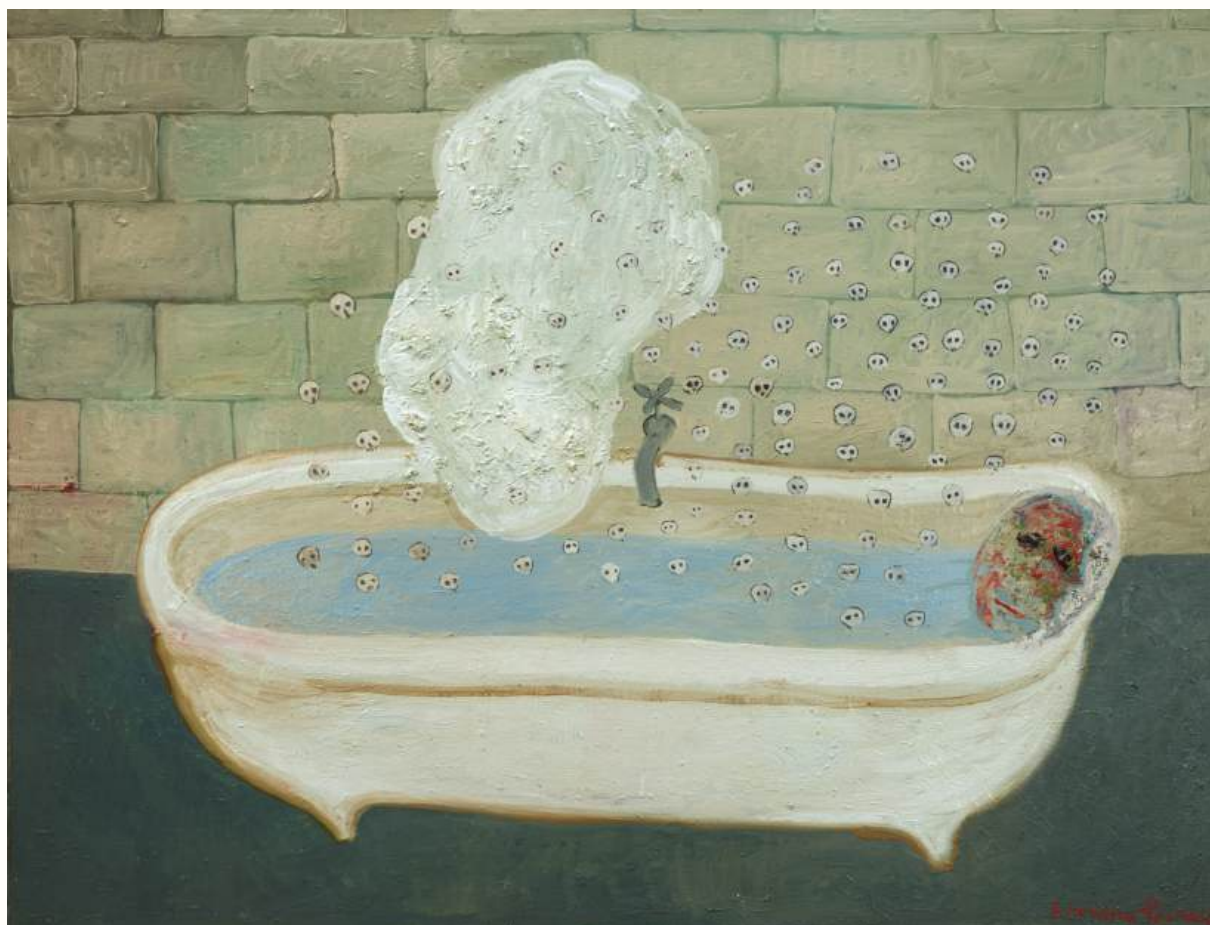
Fernando no tuvo piedad con los vencidos. A los doce cristianos que durante el asedio se pasaron al bando moro, *el rey los mandó acañaverear*, es decir, los mandó amarrar a un árbol para a continuación ordenar que sus soldados, uno tras otro, les fueran clavando cañas en el cuerpo hasta que perdieran la vida.

En cuanto a los habitantes de a pie y tras contarlos escrupulosamente, por orden del rey *se hicieron tres partes*, Una se vendería al mejor postor y el dinero fue empleado en redimir cautivos en poder de los moros. Otra parte fue repartida entre nobles y soldados, que les servirían como esclavos o serían vendidos para engrosar la cuenta corriente de los soldados. Y por fin, la tercera parte, tras su venta, el efectivo

fue empleado en resarcirse de los cuantiosos gastos de la conquista, excepto cien gomeres, que fueron enviados a Roma como presente al Santo Padre, eso sin contar la cantidad de *doncellas* malagueñas que fueron enviadas como regalo a las reinas de Nápoles y Portugal. Por lo pronto, todos ellos fueron montados en barcos y llevados hasta Sevilla, donde serían convenientemente repartidos según las indicaciones de los soberanos.

Había en Málaga 450 judíos, cuyo rescate pagó el también judío Abrahán Senior, prestamista de los reyes y hombre de su máxima confianza. Por supuesto que los reyes se apoderaron de este dinero, así como de todos los tesoros que había en la ciudad.

Concluida esta durísima venganza, esperan a que la ciudad estuviera limpia de cadáveres porque era necesario formalizar la conquista mediante la entrada triunfal de los reyes en Málaga, que fue desde luego esplendorosa, pero ya eso forma parte del ritual de unos soberanos que habían conseguido una gran victoria sobre sus enemigos.



La bañera. 2013. Óleo sobre lienzo. 89 x 117 cm.

Finalmente, a modo de conclusión, resaltar la enorme labor de la flota castellana en la conquista de Málaga, que se sustanció en: a) El transporte de la artillería desde Vélez-Málaga hasta su bahía. b) Cercar completamente la ciudad para evitar que llegara al enemigo cualquier ayuda en forma de alimentos o dinero.

c) Batir con sus cañones la propia ciudad sitiada, e) Traer desde ciudades amigas las cosas necesarias para la guerra... Una labor esencial de una armada incipiente, que supo realizar con pleno éxito y en perfecta coordinación con el ejército de tierra.

Referencias bibliográficas

1. Palencia, Alonso de. *Guerra de Granada*. Estudio preliminar Rafael Peinado Santaella. Colección Archivum. Editorial Universidad de Granada. Granada, 1998. Pg. 275.
2. Bernáldez, Andrés. *Memoria del reinado de los Reyes Católicos*. Edición y estudio por Manuel Gómez-Moreno y Juan de M. Carriazo. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Madrid, 1962. Pg. 173.
3. Palencia, o. c., pg. 278.
4. Ladero Quesada, M. *Castilla y la conquista del Reino de Granada*. Diputación Provincial de Granada. Granada, 1988. Idea también recogida por Ruiz Povedano, J. M. *La Fuerza Naval castellana en la costa del Reino de Granada, 1482-1500*. En *Chronica Nova*, 28, 2001, pgs. 401-435.
5. Palencia, Alonso de. o. c., pg. 290.
6. Palencia, o. c., pg. 291.
7. Pulgar, Hernando del. *Crónica de los señores Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel de Castilla y de Aragón, escrita por su cronista Hernando del Pulgar, cotexada con antiguos manuscritos y aumentada de varias ilustraciones y enmiendas*. Valencia, en la Imprenta de Benito Monfort. Año MDCCLXXX, pg. 292.
8. Pulgar, o. c., pg. 292 Ver Rodríguez González, Agustín. *Galeras españolas. Del Egeo al Mar de la China*. Navantia, S. A. 2007. He usado también un artículo de Pedro Fondevila Silva, Capitán de Navío, Ex Director Archivo Naval de Cartagena.
9. Los cómitres eran unos personajes provistos de látigo, encargados de dirigir a los remeros y eventualmente castigarlos si se hacían los remolones.
10. Caro Baroja, J. *Los moriscos del Reino de Granada*. Ediciones Istmo, S. A. Quinta edición. Madrid, 2000, pg. 26.
11. Pulgar, o. c., pg. 292.
12. Pulgar, o. c., pg. 292.
13. Bernáldez, o. c., pg. 175.
14. Bernáldez, o. c., pg. 176.
15. Bernáldez, o. c., pg. 179.
16. Palencia, o. c., pg. 290.
17. Pulgar, o. c., pg. 299.
18. Ver Melero Guilló, María Jesús. *Evolución y empleo de armamento a bordo de buques entre los siglos XIV al XIX*. En *Militaria*. Revista de Cultura Militar, nº 5. Ed. Complutense. Madrid 1993. Ver también González Alcalde, Julio. *Bombardeta, cerbatana, ribadoquín, falconete y cañón de mano. Cinco piezas multifuncionales de la artillería antigua*. En *Militaria*. Revista de Cultura Militar, 2003, vol. 19, pgs. 97-110.
19. Pulgar, o. c., pg. 300.
20. Pulgar, o. c., pg. 303.
21. Pulgar, o. c., pg. 308.
22. Pulgar, o. c., pg. 309.
23. Bernáldez, o. c., pg. 186.
24. Palencia, o. c., pg. 301.
25. Pulgar, o. c., pg. 325.



El gato pardo. 2013. Óleo sobre lienzo. 97 x 130 cm.



Dólmen de Antequera. 2016. Óleo sobre tabla. 45 x 65 cm.



Francisco Bueno García

Nació en Pedro Martínez, Granada. Estudió Teología en Granada y en Roma. Durante veinticinco años trabajó en banca en la ciudad de Málaga, donde reside.

Autor de los siguientes libros:

- *Los Reyes de la Alhambra. Entre la historia y la leyenda.* 750 páginas. Ediciones Miguel Sánchez. Granada, 2004. 8 ediciones.
- *Los judíos de Sefarad. Del paraíso a la añoranza.* 539 páginas. Ediciones Miguel Sánchez, Granada, 2008. 4 ediciones.
- *Los Califas de Córdoba.* 629 páginas. Editorial Argüval. Málaga 2009.
- *Los mozárabes.* 401 páginas. Buentos, S. L. 2012.
- *En autocaravana por Turquía y Grecia. Historia, cultura y mitos de civilizaciones milenarias.* Autoedición. Málaga 2015.
- *Los moriscos. La integración no fue posible.* 468 páginas. Ediciones Miguel Sánchez. Granada 2019.
- *Hernán Cortés y la conquista de México.* 479 páginas. Granada 2023.
- *Málaga contada a los niños.* Cómec. Ediciones Miguel Sánchez. Granada, 2022.



Goya y los enanos. 2006. Óleo sobre tabla. 64 x 80 cm.

María Luisa Balbín Luque



Nacida en Málaga, hija de padre asturiano y madre malagueña, actualmente está jubilada. Desde joven mostró un gran interés por la educación y las letras, lo que la llevó a estudiar Magisterio y Filología Hispánica en la Universidad de Málaga (UMA). Su dedicación y pasión por la enseñanza la llevaron a una larga y fructífera carrera como educadora.

Durante sus últimos años en la docencia, trabajó en el instituto de El Palo donde tomó contacto con la asociación Amigos de la Barca de Jábega, dedicada a la preservación y promoción de la cultura marítima local, su compromiso con la asociación la llevó a asumir el cargo de vicepresidenta.

A lo largo de su carrera, ha participado en numerosos seminarios y conferencias, ha coordinado una amplia variedad de actividades pedagógicas, siempre buscando innovar y mejorar las prácticas educativas. Ha formado parte del Consejo Provincial de Educación y del consejo de dirección del Centro del Profesorado (CEP), donde ha contribuido al desarrollo de políticas y programas educativos.

Actualmente, dirige la revista *Cuadernos del Rebalaje*, una publicación que se centra en la difusión de la cultura y el patrimonio marítimo andaluz y malagueño en particular. Además de su labor editorial, participa activamente como jurado en diversos premios literarios, apoyando y promoviendo nuevos talentos en el ámbito de las letras.

Francisco Peinado



Francisco Peinado, nacido en Málaga en 1941, es un reconocido pintor español cuya obra se ha destacado por su enfoque expresionista y su exploración de la figura humana y el paisaje. Desde temprana edad mostró un interés y talento por las artes, lo que lo llevó a estudiar en la Escuela de Artes y Oficios de Málaga y posteriormente en la Escuela de Bellas Artes de San Fernando en Madrid.

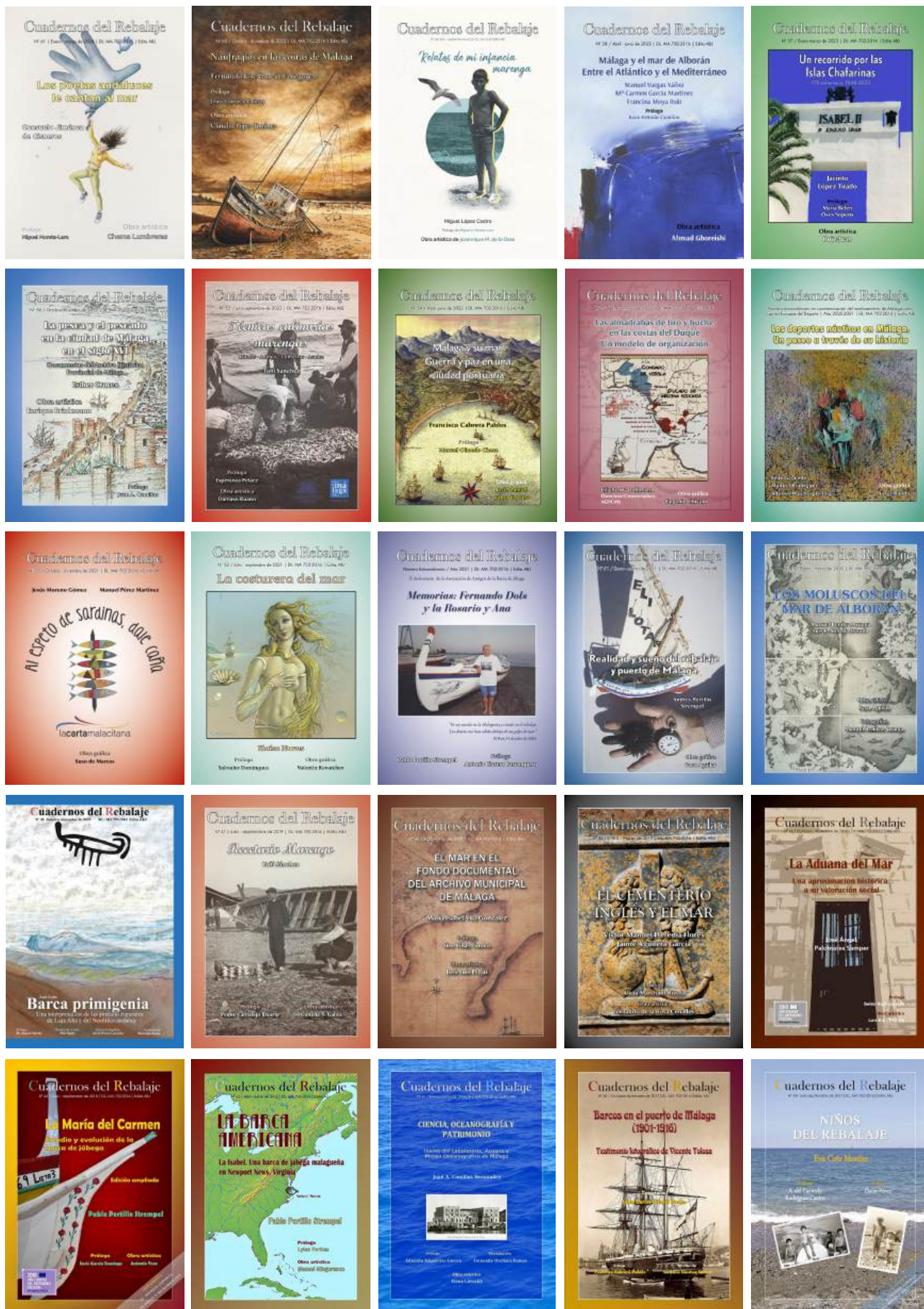
Peinado es conocido por su capacidad para capturar la esencia emocional y psicológica de sus sujetos a través de un estilo que combina elementos abstractos y figurativos. Sus obras a menudo presentan una paleta de colores vibrantes y una técnica que denota una fuerte influencia del expresionismo europeo. A lo largo de su carrera, ha experimentado con diversos medios y técnicas, incluyendo la pintura al óleo, el grabado y la escultura, siempre buscando nuevas formas de expresión.

La trayectoria artística de Francisco Peinado ha sido reconocida tanto a nivel nacional como internacional. Ha expuesto en importantes galerías y museos en España, Europa y América Latina, ganando el reconocimiento de la crítica y del público. Entre sus exposiciones destacadas se encuentran aquellas en el Museo Picasso de Málaga y en el Museo de Arte Contemporáneo de Madrid.

Además de su carrera como pintor, Peinado ha sido un influyente profesor de arte, compartiendo su conocimiento y pasión con nuevas generaciones de artistas. Su compromiso con el arte y la educación ha dejado una huella significativa en la comunidad artística.

A lo largo de su vida, Francisco Peinado ha recibido numerosos premios y distinciones, consolidando su lugar como una figura central en el panorama del arte contemporáneo español. Su legado perdura en sus obras, que continúan siendo objeto de estudio y exposición.

Colección Cuadernos del Reblaje





Los cronistas isabelinos Alonso de Palencia, Andrés Bernáldez y Fernando de Pulgar dejaron en sus crónicas por escrito la aportación de la flota castellana en la conquista de Málaga. Aportación que se sustanció en el transporte de la artillería desde Vélez Málaga hasta nuestra bahía; en cercar primero Vélez Málaga y luego Málaga para evitar que llegara al enemigo cualquier ayuda en forma de alimentos, armas, soldados o dinero; batir con sus cañones la propia ciudad sitiada y traer desde ciudades amigas más armas, soldados o las cosas necesarias para la guerra. Una labor esencial de una Armada incipiente, que supo realizar con éxito y en perfecta coordinación con el ejército de tierra, y que será el embrión de la Armada española. Las pinturas de Francisco Peinado reflejan un mundo propio desde el expresionismo figurativo donde irrumpe con fuerza lo onírico y lo inquietante no exento de ironía y crítica social, con una paleta oscura que realza por contraste la vida y la libertad.

Cultura Nos une un #FuturoIlusionante

Nos une
la **cultura**

fundacionunicaja.com

**Fundación
Unicaja**